

Ni tus estancias (1), Rafael sublime,
Ni la soberbia mole vaticana.
Feliz entónces el pincel ibero,
Del gran Carlos la imagen gloriosa
Copiará reverente,
Y al príncipe brillando cual lucero,
A par su angusta esposa,
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el real pimpollo ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa,
Con que recrea al venerable abuelo.

ODA VII.

DE LA VERDADERA PAZ.

Al maestro fray Diego Gonzalez.
Delio, cuantos el cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y á Dios la están contino demandando.
Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar, la demanda el mercader que llora.
¡Por qué el feroz soldado,
Rompiendo el fuerte muro, á muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delio! así asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla, y gimen;
Mas, por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazón comprimen.
Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede, ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarín, causa de lloro;
Sino sólo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores;
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Sólo en el Señor fia,
Y veces mil le ensalza cada día.
Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado Oriente
La risueña mañana;
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el zenit fulgente;
O ya si el velo umbroso
Corre la angusta noche, y al rendido
Mundo llama al reposo,
Y el escuadrón lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido,
Ensalzado, y le entona
Humilde en fendo el cántico agradable
Que su bondad pregonara,
Su ley santa, inefable,
Con faz, obedeciendo, inalterable.
¡Oh vida, oh sazonado
Fruto de la virtud, de la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Cuándo el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!
¡Cuándo será que deje
El suspirar, temer y el congojoso
Mandar, ó que se aleje
Del oro, á su reposo
Muy más letal que el áspid ponzoñoso!

(1) Salas del Vaticano, pintadas por el gran Rafael, y bien conocidas de los profesores y aficionados á las artes.

Entónces tomaría
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz, y sería
Tan fácil, Delio, hallada,
Cuan ora es ¡ay! en vano procurada.

ODA VIII.

AL SÉR INCOMPRESIBLE DE DIOS.

¡Primero, eterno Sér, incomprendible,
Patente y escondido,
Aunque velado en gloria inmarcesible,
De todos conocido;
Santo Jehová, cuya divina esencia
Adoro, mas no entiendo,
Cuando su influjo y celestial presencia
Dichoso estoy sintiendo;
En quien existe todo, en quien respira,
Fuerza y virtud recibe;
El ave vuela, el pez las aguas gira,
Y el hombre entiende y vive!
Mientras más te contemplo y con más ansia
Te sigo, más te alejas,
Y tu bondad inmensa y mi ignorancia
Tan sólo ver me dejás.
Mas, ¡cómo, si los cielos de los cielos
No bastan á encerrarte,
De mi flaca razón los tardos vuelos
Llegarán á alcanzarte?
Ella se pierde en el excelso abismo
De tu lumbré esplendente,
Y te adora, Señor, por esto mismo,
Más ciega y reverente;
Pues si le fuera comprenderte dado,
Igual á tí sería;
El cetro te quitara, y mal tu grado,
Tu trono ocuparía;
Pero tú, Señor Dios, vences mi ciencia,
Que eternos siglos vives,
Y el primero y el último en esencia,
De nadie ley recibes;
Tú, que mueves los cielos, y al profundo
Mar lince señalaste,
Y con columnas de diamante al mundo
Poderoso afirmaste.
Tu sólo es el empleo, y de tus leves
Piés alfombra la tierra,
Y hasta el abismo á descender te atreves,
Y ves cuanto en sí encierra:
De do sobre tus tronos te sublimas,
Y velado en luz pura,
Del orgullo del hombre te lastimas,
Burlando su locura.
Pues siendo tú mayor que el ancho cielo
Y que el mar insondable,
Y ante quien nada es, remonta el vuelo
A tu faz adorable;
Cuando los serafines, acatando,
Señor, tu inmensa alteza,
Los rostros con las alas ocultando,
Publican su bajeza.
¡Oh riqueza ceteral! ¡oh inmenso abismo!
¡Oh sér, oh luz sagrada!
Tan sólo comprendida de tí mismo,
Y á mi anhelo eclipsada.
¿Quién eres? ¿dónde estas? ¿no me respondes?
Préstame tus ligeras
Alas, y treparé donde te escondes
En las claras esferas.
Más que el viento veloz, al proceloso
Orion, á la aurora,
Al aquilon, al austro sin reposo
Demandaré en tu hora.
Demandaré....., destierra la osadía
De querer comprenderte
De mí ¡gran Dios! hasta que el alma mia
Llegue en tu gloria á verte;
Que no es del lodo humilde en cuanto vive,
Tanto alzarse del suelo,
Ni con débiles ojos se percibe
La inmensa luz del cielo.

Ella me ofusca, mas del vil gusano
Del sol al carro ardiente,
Todo tu sér me anuncia soberano
Con lenguaje elocuente.
Yo lo toco, lo siento, y cuidadoso
En la planta lo admiro,
Lo bendigo en el bruto, respetoso,
Lo aliento, si respiro;
Pero si, osada, á su inefable altura,
Absorta en su belleza,
La curiosa razón trepar procura
Por la naturaleza,
Ella misma me grita: «¡Oh ciego, tente
En tu afán importuno;
Que entrar en su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.»
Los objetos más claros se me mudan,
Y al revés se me tornan;
De todo mis nublados ojos dudán,
Y todo lo trastornan;
Que el que arder hace al sol, su lumbré ciega;
Y una voz en mi oído,
«Contempla, dice, adora, admira y ruega,
Y gózame escondido.»
Yo, así abismado en tanta maravilla,
Con miedo reverente
Ceso, y humilde inclino la rodilla
Y la devota frente.

ODA IX.

LA NOCHE Y LA SOLEDAD (1).

Al señor don Gaspar de Jovellanos, del Consejo de las Órdenes.

Vén, dulce soledad, y al alma mia
Libra del mar horrisono, agitado,
Del mundo corrompido,
Y benigna la paz y la alegría
Vuelve al doliente corazón llagado;
Vén, levanta mi espíritu abatido;
El venero crecido
Modera de las lágrimas que lloro,
Y á tus quietas mansiones me transporta.
Tu favor celestial humilde imploro;
Vén, á un triste conforta,
Sublime soledad, y libre sea
Del confuso tropel que me rodea.
¡Ay! ¡por qué así agitaré el hombre insano,
Y viendo ya á los piés ¡oh ciego! abierto
El sepulcro, gozarte!
Pon, pon freno á la risa, polvo vano,
Calma de tu anhelar el desconcierto,
Y entra en tu corazón á contemplarte.
¿Qué ves para gloriarte?
¿Qué ves dentro de tí? Vuelve los ojos
A tus miserios días; de tus gustos
La flor huyó, quedaron los abrojos
Como castigos justos,
Y fugaces las horas se volaron.....
¿Qué poder tornará las que pasaron?
Tú, angusta soledad, al alma llenas
De otra sublime luz; tú la separas
Del placer pestilente,
Y mientras en silencio la enajenas,
A la virtud el ánimo preparas,
Y á la verdad inclinas transparente
Del cielo refulgente,
Haciendo que nos abra el hondo abismo,
Do esconde sus tesoros celestiales.
El hombre iluminado ve en sí mismo
Las señas inmortales,
Merced á tu favor, de su grandeza,
Del mundo vil hollando la bajeza.
La mente, sin los lazos que detienen
Su generoso ardor (2), en rauda vuelo
Las vagas nubes pasa,
Llegando á do su trono alzado tienen

(1) Primera composición filosófica del autor. La envió á Jovellanos con una carta escrita el 17 de Julio de 1779.

(2) Variante:
Preso su hidalgo ardor....

Al inmenso Hacedor (3) los altos cielos,
Y á su divina norma se compasa;
De su lumbré sin tasa
Gozosa se alimenta y satisface.
El fuego celestial con que se atreve
A las grandes empresas, cuanto hace
Bueno el hombre, lo debe,
Oh soledad, á tu silencio angusto,
Donde Dios habla, y se descubre al justo.
Mas los hombres, que ilusos no perciben
Su misteriosa voz, cuyos oídos
A la verdad cerrados,
Y al error son patentes, así viven
Del mundo en el estrépito metidos,
Cual en galera miserios forzados;
Siervos alherrojados
Al antojo liviano y las pasiones,
Sorpréndelos de súbito la muerte.
El sabio, sólo el sabio las prisiones
Rompe con mano fuerte;
Intrepido de todo se retira,
Y de la playa la borrasca mira.
Entónces, adormido en paz gloriosa,
Pesa con lo pasado lo presente,
Con remontado vuelo (4)
Al ciego porvenir lanzarse osa,
Y eleva á las estrellas la ardua frente.
¿Puede á tu sér (5), nacido para el cielo,
Embeber el suelo?
¿Puede á un alma inmortal, con quien son nada
Esos soles y globos cristalinos,
Tener el bajo suelo así apegada,
O en jnguetes mezquinos
Ocuparte, olvidando el alto grado
A que el gran Sér al hombre ha sublimado?
Ves las esferas de eternal ventura,
Reales mansiones del Señor, labradas
Por su poder divino,
Del sínfin de luceros la hermosura,
Todos girando en órbitas variadas;
Alzándose en el éter cristalino
La luna, que el benigno
Rayo de su alba luz al mundo envía
Las pardas sombras y su horror sagrado (6);
Del fugaz viento por la selva umbría
El són dulce, acordado;
¿Qué son los pasatiempos do te encantas,
A par ¡oh ciego! de grandezas tantas?
Tú, espíritu sublime, que metido
Del mundo en el estrépito, suspiras
Por el retiro al cielo,
Del sér humano para honor nacido;
Tú, que los yerros de los hombres miras,
Y á Témis templas el ardiente celo
Con que hiere en el suelo,
Do cual genio benéfico defiendes
Al huérfano y viuda miserables;
Si desde el foro mi cantar entiendes,
Los tonos lamentables
Mira en plácida faz, dulce Jovino,
Si de honor tanto humilde verso es digno.
La amistad me lo inspira; y pues conoces
El valor de las lágrimas, y sabes
Con tu divino canto
Mitigar mi dolor, las tiernas voces
Oye; que el pecho en sus tormentas graves
Sólo halla alivio en el amargo llanto.
El celestial encanto
De la dulce armonía que pusieron
Los cielos en mis labios, y mezquinos
Engaños hasta aquí absorto tuvieron,
Los avisos divinos

(3) Variante:

A su inefable Antor....

(4) Variante:

Y, con sublime vuelo,

(5) Variante:

¿Puede al hombre....

(6) Variante:

Y de las sombras el horror sagrado!

Oye de la verdad; los lazos deja;
La virtud canta, y de tu error te queja.
¿Cuándo el día será, luciente y puro,
Que en suave soledad contigo unido,
El ánimo cuidadoso
Pueda enjugar sus lágrimas seguro,
Do en el bosque más solo y escondido,
Libres, y al pie del árbol más frondoso,
En celestial reposo
Tan sublimes verdades contemplemos!
Acelerad ¡oh cielos! tales días,
Y la cítara funebre templemos,
Oh Young, que tú tañías
Cuando en las rocas de Albion llorabas,
Y á Narcisa á la muerte demandabas.
¿Por qué delitos tantos! ¿Por qué holladas
Las leyes de los cielos descendidas,
Los lechos conculecados (1),
Los conyugales lechos, y empapadas
De humana sangre manos homicidas,
Los padres por sus hijos ultrajados,
Los templos profanados?
¿Quién, nuevo Catalina, quién, demente,
Contra la patria armó tu inicua mano?
El soplo del ejemplo pestilente
Corrompe el ser humano;
Pero, ¿de dónde los ejemplos nacen?
¿Ay! de las juntas que los hombres hacen.
El vicio, sagacísimo guerrero,
Asalta el corazón, que embelesado,
Ni aun acercarle siente;
Adúlano el mundo lisonjero,
El deleite con soplo envenenado
Nos adormece, y de la sed ardiente,
Que hartura no consiente,
El avaro nos toca. ¿Quién holgarse
Pudo en loco festín, que entre el lucido
Estrépito saliera sin mancharse?
Y el falaz gozo ido,
¿Quién halla el alma sosegada y pura,
Y la conciencia de aflicción segura?
La cándida virtud, cual pura rosa
Que al rayo de la aurora la cabeza
Levanta aljofarada,
Da á solas su fragancia deliciosa.
Un soplo ajó su virginal belleza.
A veces, sin cuidado, una mirada
Encendió la dañada
Hoguera del amor; tal vez el ciego
Rencor nació por un enojo breve,
Y una ciudad devora con su fuego.
Del mal la causa es leve,
Y de sus flechas pérfido el amago,
Cuanto crudo y sin límites su estrago.
Retiro celestial, tú, ¡oh dulce puerto!
Do exhalado se acoge el pecho mío,
De los hombres huyendo,
De tanto mal me pones á cubierto;
A tí, seguro, mi dolor confío,
Con mis ansias al cielo conmoviendo.
¿Qué lágrimas corriendo
Por mis mejillas van? ¿Por qué agitado
Me late el corazón, enternecido
En los males del hombre malhadado?
¿Oh asilo apetecido!
¿Oh soledad, que en mi dolor imploro,
Benigna acoge el encendido lloro!
En estas horas, que del raso cielo
Tanto fulgido sol vela, guardando
Al mundo adormecido,
Cubiertos vagan del nocturno velo,
A la virtud los malos acechando;
Tú, de tu sólo, que los ves, bruñido,
¿Dónde ¡oh luna! te has ido?
¿Huyes, de maldad tanta horrorizada?
¿Tu faz (2) pálida escondes?... ¡Oh malvados!
Rubor, rubor os dé su luz sagrada;

(1) Variante:
Y los lechos violados,
(2) Variante:
Tu luz...

Ved que por vos manchados (3)
Los orbes puros que el Excelso habita,
Su diestra santa á su pesar se irrita (4).
El justo, en tanto, reverente alzando
Las inocentes manos, engrandece
La inmensa omnipotencia,
Su enojo con mil lágrimas templando,
Y cuanto al vano mundo desaparece,
Tanto más cerca siente su presencia.
¡Los cielos..., la conciencia!...
¿Qué augustos compañeros, qué sagradas
Verdades mostrarán á el alma mía,
Ahora que estas aguas despeñadas
Y la acorde armonía
Del triste ruiseñor al manso viento
Despiertan mi adormido pensamiento!
¿Quién puede ver el cielo tachonado
De lumbre tanta, y la beldad gloriosa
De la noche serena,
El arboleda umbrosa, el concitado
Batir de la corriente procelosa,
Que allá á lo lejos pavoroso suena,
Y este valle, do appena
El rayo de la luna pasar puede,
Que alegre el seno palpar no sienta,
Y en suavísimos éxtasis no quede?
El alma descontenta,
Divina soledad, por tí suspira,
Do, atónita, al gran Sér doquier admira.
Yo, apenas entro en tu recinto umbroso,
Siento el ánimo libre y descargado
Del peso que me abruma;
Todo ardiendo en un fuego generoso,
A seguir la virtud me atrevo, osado.
El liviano contento ¡qué es, en suma,
Sino viento y espuma?
Si en la tierra se fija el pensamiento,
¿Cuánto, en el mal feraz, en bien mezquina,
Para volar al cielo tendrá aliento?
¿Ay! la virtud divina,
Que del vil suelo excelso se levanta,
Sólo la debe á tí, soledad santa.
Los hombres, siempre en la maldad osados,
Del Señor los altísimos decretos,
Sacrilogos burlarán,
Y á sueño vergonzoso el día dados,
En las tinieblas funebres inquietos,
Todo á su libre antojo lo trocarán.
Mas, ¿por qué tanto osarán?
¿Qué furor los tomó? Siendo el traslado
Mejor la noche del poder eterno,
Do el malo entre las sombras ve, azorado,
Casi abierto el ayerno,
Y el impio á Dios descubre confundido,
Y ante él se humilla, de su error corrido.
No así los solitarios que guardaban
En otra edad las selvas pavorosas
En olvido dichoso,
Las silenciosas horas ocupaban
En delitos ó en pláticas ociosas;
Mas ántes, embriagados en sabroso
Dulcísimo reposo,
Al comun Padre ardientes sublimando
Entre inefables éxtasis la mente,
Su celestial imagen contemplando
En tanto sol luciente,
Como la alteza soberana muestra
De su bondad y omnipotente diestra.
De noche el Señor reina: los horrores
De su lumbrosa faz sirven de velo
Al Todopoderoso,
Do más bien que del sol en los fulgores,
Al alma alumbrada el vagaroso cielo.
Su silencio tranquilo y misterioso
Da á la mente el reposo,
Que le roba la luz del albo día.

(3) Variante de este verso y del anterior:
¡Rubor, rubor os ponga su sagrada
Vistal ¡Oh! que son manchados

(4) Variante:
Y su diestra santísima se irrita.

El estrépito y vanos menesteres,
Las inútiles hablas, la alegría
Y vedados placeres
Del dulce meditar el alma alejan,
Y en triste error y ceguedad la dejan.
¿Oh noche! ¡oh soledad! en vuestro seno
Sólo hallo el bien, y en libertad me miro.
Entónces las pasiones
Pierden su fuerza, el corazón sereno;
Y al cielo atento, tras sus astros giro,
O á la razón nivel mis acciones,
O en mil contemplaciones
Útilmente me ocupo, y, desprendido
De los lazos del cuerpo, me levanto
Al supremo Hacedor: ante Él rendido,
Sus maravillas canto,
Y con los pies hollando lo terreno,
Con Él me gozo, alivio y enajeno.
¿Cómo, pues, insensato el hombre te huye,
Divina soledad? ¿Cómo lamenta
Su venturosa suerte,
Si en tu seno se ve, y al cielo arguye?
¿Por qué en miserables sombras se contenta?
¿Le robarán los hombres á la muerte?
¿Su golpe es ménos fuerte
Si en descuido le hiere? Los agudos
Pesares, la miseria, los dolores,
¿No le amenazan sin cesar, sanudos,
Aunque duerma entre flores?
Y el hombre triste, á padecer nacido,
¿Reposar osa en tan letal olvido?
¿No ha de verle el sepulcro pavoroso,
En ciega noche y soledad, comida
De fétidos gusanos,
Hasta que agrade al Todopoderoso
Con su imperiosa voz darle otra vida,
Alzándole del polvo con sus manos?
¿Beldad y años lozanos
No han de parar en esto? ¡Ay, qué insufrible
Te será aquel estado, si no sabes
Vivir en soledad! ¡Ay, cuán terrible
Ver que en ansias tan graves
Sólo te hace otro polvo compañita!...
Se estremece en pensarlo el alma mía.
Tú, dulce amigo, que el valor conoces
De la meditacion, y el alma cuánto
Con el retiro gana,
Ven, y esquivadas turbulentas voces,
Al cuidado civil te roba, en tanto
Que el sonrosado manto de oro y grana
Desplega la mañana,
Y con Young silenciosos nos entremos
En blanda paz por estas soledades,
Do en sus noches sublimes meditemos
Mil divinas verdades,
Y á su voz lamentable enternecidos,
Repitamos sus lúgubres gemidos.

ODA X (1).

Á DON ANTONIO TAVIRA.

El fausto, la grandeza,
El poderoso mando y cuanto ha hecho
Del oro la largueza,
Todo le viene estrecho
A un claro, generoso y alto pecho.
Todo lo estima en nada,
Fausto, riquezas, poderoso mando,
De la fortuna errada
Las suertes contemplando,
Y el bajo suelo con desden mirando.
La virtud sola puede
Al ánimo cortar el alto vuelo,
Si tal vez le concede
El favorable cielo
Gozar de la amistad aquí en el suelo.
La amistad, sazonado
Fruto de la virtud, y don precioso
Que al hombre malhadado

(1) Inédita.

Llovió el cielo amoroso,
Y más rica que el oro más precioso.
Sí, dulcísimo amigo,
La amistad es la joya más subida;
Yo la gozo contigo.
Mi alma á la tuya unida,
Jamás fué tan feliz mi triste vida.
Contigo el pecho mío
Descansa enajenado; tú entretienes
Gustoso al albedrío,
Mi esperanza mantienes
Y en mi sér y mi vida parte tienes.
Por tí yo gozo el lado
De aquel varón en que el hispano suelo
Tiene su bien cifrado,
Cuyo encendido celo
Ha roto á la ignorancia el torpe velo,
Y á quien, agradecidas
Las españolas musas, que en olvido
Yacian oscuras,
Harán que engrandecido
Vuele al cielo su nombre esclarecido.
Tú el lado venturoso
Me das de tus amigos; tú fomentas
Su afecto generoso;
Y mi cantar alientas,
Y de mi humilde musa á todos cuentas.
La fe más tierna y pura,
La más sencilla fe y agradecida,
Voluntad más segura,
A tí por mí es debida;
Tan grato empleo ocupará mi vida.
Tú tendrás en mi pecho
El lugar que mereces, y en mi canto
Será, aunque á tu despecho,
Este sabroso canto
Célebre, de la envidia con espanto.

ODA XI.

AL DOCTOR DON ANTONIO TAVIRA, CAPELLÁN DE HONOR DE SU MAJESTAD, EN LA MUERTE DE UNA HERMANA.

¿Ay, con qué voces en tu amargo duelo
Alentarte podré! ¿Dónde palabras
Hallará de consuelo
Mi musa dolorida
Para tan cruda herida!
De pena mudo, en lágrimas bañado,
Y el pecho en mil sollozos oprimido,
Tú ruegas, angustiado,
A la muerte inhumana
Por la inocente hermana;
Por tu hermana, tu amor, mitad preciosa
Del alma tuya, sin sazón perdida,
Cual delicada rosa,
Que se agosta y fenece
El día en que florece.
¿Ay! calma en vano tu dolor profundo;
Su candor, su inocencia, sus virtudes
No eran, no, para el mundo,
Donde fugaz un hora
Brilló cual pura aurora.
Es campo de milicia el suelo triste;
Ella ganó la palma en breves días,
Y en la gloria, do asiste,
La goza ya segura
En eternal ventura.
Deja, pues, de llorar y enternecerte,
Ni en su angélico gozo te conduelas,
Que es de Dios oponerte
A la ley adorable
Con voluntad culpable.
El alargó la diestra cariñosa
Para darle su herencia inmarcesible
En la mansion dichosa,
Do nunca fuera oído
Ni queja ni alarido.
¿Y tú, que sus consejos con rendida
Frente hasta aquí, Tavira, has adorado,
Gimes hoy sin medida!

¡ Oh! léjos tal locura,
Léjos de tu cordura.
Justo es en golpe tal el desconsuelo;
Mas pon los ojos en la dulce hermana,
Coronada en el cielo,
Y en regocigo santo
Se tornará tu llanto.

ODA XII.

VANIDAD DE LAS QUEJAS DEL HOMBRE CONTRA SU HACEDOR.

Al excelentísimo señor Felipe Palafox y Portocarrero,
conde del Montijo.

¡ Es el orgullo, es la razon quejosa
La que airada se vuelve y cuenta pide
Al Hacedor divino
De esta fábrica hermosa,
Y la grandeza de sus obras mide?
En este todo inmenso y peregrino,
¡ Por qué el grado más digno
Al linaje del hombre no fué dado?
¡ Por qué fué echado en el humilde suelo?
¡ No es rey universal de lo criado?
Pues suba y more el cristalino cielo.
¡ La luna plateada para él solo
No recibe la luz que al suelo envía?
¡ Las fulgentes estrellas
Del uno al otro polo
Sus esclavas no son, y al albo día
Por él no bañan con sus luces bellas
El sol, cuando huyen ellas?
Una, pues, una su grandeza cuanto
Llevan los seres todos repartido;
Sus quejas cesen y su justo llanto,
Y sea en el mundo cual señor servido. —
El hombre osado en su soberbio pecho
Se queja así de Dios, y romper quiere,
Vasallo rebelado,
Aquel vínculo estrecho
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene cuanto está creado.
«Yo fui, dice, formado
Por término de todo; el fin primero
Del universo soy; á mí es debida
La luz del sol, el brillo del lucero,
Y la tierra, de hierba y flor vestida.»
¡ Y no se debe al ave el rauda viento,
Preso al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?
¡ El líquido elemento
Al pez no se le debe? ¡ Dónde deja
El Hacedor ni un átomo olvidado?
Todo está colocado
Cual debe en su gran obra, y nada puede
Del círculo salir que le ha cabido,
Sin que en desórden ciego al punto quede,
Pues todo en ella mueve y es movido.
No, excelso Palafox; si el hombre osa (1)
Á el ángel emular, cuando quisiera
Llenar más alto grado,
La soberbia orgullosa
Habla en su corazon, no la severa
Razon con que por Dios fué sublimado.
Por el primer pecado
Su pecho está en dos bandos dividido;
El apetito arrastra por la tierra,
Cual humilde reptil, y el atrevido
Animo al cielo mismo pone guerra.
La modesta razon no encumbra el vuelo,
Sino hácia sí se vuelve, y asombrada
Ve la inmensa cadena
Que ata el abismo al cielo.
Del infinito en medio y de la nada,
¡ Qué es el hombre ignorante? ¡ quién serena
Las horrascas ó enfrena
Los bravos huracanes? ¡ A las aves

(1) Primero dedicó MELENDEZ esta oda á Jovellanos, y, en lugar de este verso, decía:

No, gran Jovino, cuando el hombre osa.

Quién enseña á surear el vago viento,
Y á sus lenguas los cánticos suaves,
O quién dió al árbol hojas y alimento?
Entonces, cuando el hombre alcanzar pueda
Qué es la hoguera del sol, de dónde viene
La lluvia y el rocío,
Qué fuerza impele á la celeste rueda,
Dónde suspenso el universo tiene
De Dios el infinito poderío,
Podrá, en su orgullo impio,
A los seres decir: «A ti te toca
Llenar este lugar, á ti este grado»,
Y así adular á su soberbia loca,
En el centro de todos colocado.
Mas no tanto: si el hervor los secretos
Ve del señor, ó si el vasallo sabe
Qué sistemas medita
Y sagrados decretos
El rey en su hondo seno; si en tí cabe
Sondar cómo tu cólera se irrita,
¡ Oh ciego! y quién la excita,
Quién á tu sangre por las venas mueve,
Por qué causa la piedra al centro baja,
Por qué es líquida el agua, el viento leve,
En tachar necio á su Hacedor trabaja.

¡ Hijo del polvo, si elevarla osas,
Alza la vista al cielo, y ve la esfera
De estrellas taconada,
Todas á par hermosas!
¡ Es sólo para tí tanta lumbrera?
Acaso cada cual será empleada
En bañar con derada
Llama, como acá el sol, otro gran suelo;
Y los que el globo de Saturno moran
Tan léjos como tí miran el cielo,
Y que tú habitas este punto ignoran.
Los ojos vuelve hácia la baja tierra,
Y á sus vivientes llega á tu despecho;
El más imperceptible
Mil otros en sí encierra.
¡ Del mosquito sutil qué inmenso trecho
Al que apenas la lente hace visible!
¡ Y acaso no es posible
Descender áun de aquél? Pues él contiene
Dentro en sí otros, que á vivir dispone;
Cada cual movimiento y partes tiene,
Y cada parte de otras se compone.
El hombre comparado, generoso
Amigo, al universo, es cual el punto
Con la tendida esfera,
O un ola al mar undoso.
Su saber es que empieza y muere junto,
Y ménos que un instante su carrera.
Mas años mil viviera,
Jamás otros misterios sondaría.
Las cosas todas en la nada nacen
Y en lo infinito paran; quien las cria
Contará sólo los guarismos que hacen.

Hombre mortal, escucha, al órden mira
De todo; el órden es la ley primera
Del cielo soberano.
La inmensidad admira
Del universo, y gózate en tu esfera,
Que tu felicidad está en tu mano;
Deja de anhelar, vano,
Por el lugar del ángel; á él subiendo,
También al tuyo el bruto ascendería,
La planta el animal fuera impeliendo,
Y del órden por tí todo saldría.

La Providencia es justa: á tí te ha dado
En suerte la virtud, y al toscos bruto
El deleite grosero.
No estés, no, mal hallado
Con la angusta virtud: su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,
Que nada acá en la tierra darte puede.
¡ Y qué en ella á los cielos comparable
Merece ser al justo? ¡ quién le excede,
O es hechura de Dios más admirable?
La grande ley que vivifica todo
Es el común amor; ama á tu hermano,

Ama á la patria y ama
Todo el mundo, de modo
Que antepongas al Dueño soberano,
Que bienes tantos sobre tí derrama.
Si este ardor bien te inflama,
Ora en la tierra mores largos días,
O en flor te amuble un ábrego enojoso,
No temas las mortales agonias,
Que como justo acabarás gozoso.
Así naturaleza al hombre dice,
Y la blanda esperanza hasta él descende,
Que le conforta el pecho,
Y él con ella es felice.
Mas si su osada vanidad entiende,
Le deja, en sus sistemas satisfecho,
Trabajar sin provecho.
Su presuncion con risa mira el cielo,
Y él, nunca en su locura bien hallado,
Mientras anhela el bien con más desvelo,
Más parece que el bien huye su lado.

ODA XIII.

LA TEMPESTAD.

¡ Oyes, oyes el ruido
Del aquilon, que en la selva,
Entre los alzados robles
Con rápidas alas vuela?
¡ Oh cuál silba! ¡ cómo agita
Las ramas! Sus hojas tiernas
En torbellinos violentos
Desparraca con rabia fiera.
Una nube le acompaña
De negro polvo; la niebla
Se lanza en un mar undoso,
Del cóncavo de las peñas,
Y cubre el cielo. La llama
Del sol desaparece envuelta
En caliginosas nubes,
Y la noche á reinar entra.
Las aves huyen medrosas;
De espanto, inmóvil se queda
El tardo bney, y el establo,
Azorado, á hallar no acierta.
Crece el huracán; del trueno
La imperiosa voz resuena,
Que el Omnipotente anuncia
A la congojada tierra.
Ya llega; otra vez horrible
El trueno la voz aumenta,
Y los relámpagos hacen
Del cielo una inmensa hoguera,
¡ Señor! ¡ Señor! compasivo
Mi albergue mira; tu diestra
No lo aniquile; perdona
A un ser que te adora y tiembla.
Tú eres, Señor; te descubro
Entre el manto de tinieblas
Con que, misterioso, al mundo
Tu faz y tu gloria velas.
Tú eres, Señor; poderoso
Sobre los vientos te llevan
Tus ángeles; de tu carro
Retumba la ronca rueda:
Tu carro es de fuego.—El trueno,
El trueno otra vez; se acerca
El Señor; su trono en medio
De la tempestad asienta.
La desolacion le sigue,
Y el rayo su voz espiera,
Prestas las alas; lo manda,
Y el monte, abrasado, humea.
Arden las nubes, veloces
Los relámpagos serpean
Del Eterno en torno. Impios,
¡ Ay! temblad, que Jehová llega,
«Jehová», la cóncava nube
Retumba, las hondas vegas,
«Jehová», sonorosa responden,
«Jehová», las altas esferas.
Despavorido, al estruendo,

El libertino despierta,
Y confundido el ateo,
Su inefable ser confiesa.
De miedo y horror transidos
Al Dios que insultaron ruegan,
Temblando, y ante sus iras
Aniquilarse quisieran.
El, entre tanto, imperioso
Domina; la frente excelsa
Mueve; la tormenta crece,
Y los montes titubean.
Llama el áspero granizo,
Y que anonada le ordena
De la vid el dulce fruto,
Y las ricas sementeras.
Lo obedece, y con funesto
Estrépito se despeña
Al bajo suelo, y lo tala.
¡ Señor! tus iras modera.
Mira al Labrador, que inmóvil
De espanto, la obra contempla
De tu poder; sus hijuelos
Y su esposa le rodean.
Todos lloran, todos tienden
A tí las manos, y esperan
El pan de Tí, que hoy les robas.
¡ Buen Dios! ¡ dó está tu clemencia?
¡ Vienes á asolarnos? ¡ vienes
A mover al hombre guerra?
¡ No hay un justo que te implore,
O á las súplicas te niegas?
Tú, en quien un padre officioso
Hasta el vil insecto encuentra,
Que á millones de vivientes
Abres la mano y sustentas,
¡ Olvidas hoy á tus hijos,
O dejarás que perezca
Sin pan el pobre? Tus iras
Ya desarma la inocencia.
Del justo el humilde ruego
Prevaleció; Jehová reina
Sobre el trueno, su alto cetro
Pasó sobre mi cabeza.
Ledo pasó; yo, asombrado,
No osé alzar la frente. ¡ Oh deja,
Señor, que humilde en el polvo
Adore tu providencia:
Que ya la benigna lluvia
De tu bendiccion recrea
La árida tierra; ya baja,
Y blanda el aura refresca.
Con júbilo la reciben
Las aves, y en dulces lenguas,
Por el mundo agradecido
Tu inmensa bondad celebran.
Pasó el nublado; la mano
Del Señor la ardiente fuerza
Del rayo imperiosa calma.
Y el viento y el trueno arredra,
Quiérello, y las torvas nubes
Bajo sus piés se congregan;
Mándalo, y rápidas parten
De su trono mil centellas.
Oyónos, y á la montaña
La tempestad voló presta.
¡ No veis el horrído estruendo,
Y cuál el bosque se anega?
Ya, Padre, ya nos indultas,
Y el iris de paz nos muestras,
En señal de la alianza
Que has jurado con la tierra.
Al cielo el Excelso torna.
Mortales, su omnipotencia
Cantad, y que el universo
Un himno á su gloria sea.

ODA XIV.

LA TRIBULACION.

¡ Por qué, por qué me dejas?
Señor, Dios mío, Padre, vuelve y mira;

De mis ardientes quejas
 Tu bondad se retira?
 ¡Tú cesas, y mi labio á tí suspira?
 De tu nombre en la gloria
 Los miseros fiaron; tú les diste
 Del opresor victoria;
 Sus plegarias oiste,
 Y su esperanza y su salud cumpliste.
 La muerte y sus dolores
 Rompen mi corazón; en mis oídos
 Suenan ya los clamores
 De los apercebidos
 Monstruos á devorarme, y sus bramidos.
 A las faneas pegada
 Mi lengua está, y al polvo me ha lanzado
 Del olvido tu airada
 Diestra; en torno he mirado,
 Y el mar de la aflicción me ha circundado.
 Mi pecho, como cera,
 De dolor se líquida y desfallece;
 Cual la llama ligera
 Muy más mi angustia crece,
 Y aguja el enemigo y me estremece,
 Gusano soy, no hombre,
 Oprobio de los hombres y su ira;
 Sin que mi mal le asombre,
 Me mofa quien me mira,
 Y mueve la cabeza y se retira.
 A voces dicen: «Venga
 El Dios, venga, en que espera neciamente,
 Su brazo le sostenga,
 O en su sòlio fulgente
 De gloria ciña su abatida frente.
 »Entonces acatáremos
 Su misera orfandad y su inocencia;
 En tanto devoremos
 Su pan, y la clemencia
 De ese su Dios sustente su indigencia.»
 Mas tú sobre las alas
 De querubines vas; los montes toca
 Tu dedo, y los ignales
 Con los valles: tu boca
 Sopló, y en polvo vuela la ardua roca.
 Cual madre compasiva,
 En mi débil infancia me has guiado;
 Contra la suerte esquiva
 En hombros me has tomado,
 Y siempre entre tus alas me has guardado.
 Solo soy, y tú fuiste
 Mi padre; enfermo te imploré en el lecho,
 Y salud me trajiste.
 ¡Ay! vén, cubre mi pecho,
 Que blanco todos de su saña han hecho.
 Vén, corre poderoso;
 Confúndelos, Señor; no más dilates
 El brazo victorioso
 Con que fuerte combates
 Y los cedros altísimos abates.
 Corre, corre, que crece
 Cual ola de la mar el dolor mio,
 Y á mis piés se estremece
 El averno sombrío;
 Vén, Señor, llega, que en tu diestra fio,

ODA XV.

AL SOL.

Salud, ¡oh sol glorioso!
 Adorno de los cielos y hermosura,
 Fecundo padre de la lumbre pura;
 ¡Oh rey! ¡oh dios del día!
 Salud: tu luminoso
 Rápido carro guía
 Por el inmenso cielo,
 Hinchendo de tu gloria al bajo suelo,
 Ya velado en vistosos
 Albores azas la divina frente,
 Y las candidas horas tu fulgente
 Córtate alegres componen.
 Tus caballos fogosos
 A correr se disponen

Por la rosada esfera
 Su inmensurable, sòlita carrera,
 Te sonríe la aurora,
 Y tus pasos precede, coronada
 De luz, de grana y oro recamada,
 Pliega su negro manto
 La noche veladora;
 Rompen en dulce canto
 Las aves; cuanto alienta,
 Saltando de placer, tu pompa aumenta,
 Todo, todo renace
 Del fúnebre letargo en que envolvía
 La inmensa creación la noche fría.
 La fuente se deshíela,
 Suelto el ganado pace,
 Libre el insecto vuela,
 Y el hombre se levanta
 Extático á admirar belleza tanta.
 Mientras tú, derramando
 Tus vivísimos fuegos, las ríscosas
 Montañas, las llanadas deliciosas,
 Y el ancho mar sonante
 Vas feliz colorando;
 Ni es el cielo bastante
 A tu carrera ardiente
 De las puertas del alba hasta occidente;
 Que en tu luz regalada,
 Mas que el rayo veloz, todo lo inundas,
 Y en alas de oro rápido circundas
 El ámbito del suelo;
 El Africa tostada,
 Las regiones del hielo
 Y el Indo celebrado
 Son un punto en tu círculo dorado.
 ¡Oh, cuál vas! ¡cuán gloriosa
 Del cielo la alta cima enseñoareas,
 Lumbreira eterna, y con tu ardor recreas
 Cuanto vida y sér tiene!
 Su ancho gremio amorosa
 La tierra te previene;
 Sus gérmenes fecundas,
 Y en vivas flores súbito la inundas.
 En la rauda corriente
 Del Océano, en conyugales llamas
 Los monstruos feos de su abismo inflamas,
 Por la leona fiera
 Arde el león rugiente;
 Su pena lisonjera
 Canta el ave, y sonando
 El insecto á su amada va buscando.
 ¡Oh padre! ¡oh rey eterno
 De la naturaleza! á tí la rosa,
 Gloria del campo, del favonio esposa,
 Debe aroma y colores,
 Y su racimo tierno
 La vid, y sus olores
 Y almibar tanta fruta,
 Que en feudo el rico otoño te tributa,
 Y á tí del caos umbrío
 Debíó el salir la tierra tan hermosa,
 Y debíó el agua su corriente undosa,
 Y en luz resplandeciente
 Brillar el aire frío,
 Cuando naciste ardiente
 Del tiempo el primer día,
 ¡Oh de los astros gloria y alegría!
 Que tú en profusa mano
 Tus celestiales y fecundas llamas,
 Fuente de vida, por doquier derramas,
 Con que súbito el suelo,
 El inmenso Océano
 Y el trasparente cielo
 Respiran; todo vive,
 Y nuevos seres sin cesar recibe.
 Próvido así reparas
 De la insaciable muerte los horrores;
 Las víctimas que lanzan sus furores
 En la región sombría,
 Por tí á las luces claras
 Tornan del almo día,
 Y en sucesión segura,
 De la vida el raudal eterno dura

Si nieves la flamante
 Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
 Se enciende, horror al alma delincuente;
 El pavoroso trueno
 Retumba horrrisonante,
 Y de congoja lleno,
 Tiembla el mundo, vecina
 Entre aguaceros su eternal ruina,
 Y si en serena lumbre
 Arder velado quieres, en reposo
 Se aduerme el universo venturoso,
 Y el suelo refocece.
 La inmensa muchedumbre
 Ante tí desaparece
 De astros en la alta esfera,
 Donde arde sólo tu inexhausta hoguera,
 De ella la lumbre pura
 Toma, que al mundo plácida derrama,
 La luna, y Venus su brillante llama;
 Mas tu beldad gloriosa
 No retires; oscura
 La luna alzar no osa
 Su faz, y en hondo olvido
 Cae Venus, cual si nunca hubiera sido.
 Pero, ya fatigado,
 En el mar precipitas de Occidente
 Tus flamígeras ruedas. ¡Cuál tu frente
 Se corona de rosas!
 ¡Qué velo nacarado!
 ¡Qué ráfagas vistosas
 De viva luz recaman
 El tendido horizonte, el mar inflaman!
 La vista embebecida
 Puede mirar la desmayada lumbre
 De tu inclinado disco; la ardua cumbre
 De la opuesta montaña
 La refleja encendida,
 Y en púrpura se baña,
 Mientras la sombra oscura
 Cubriendo cae del mundo la hermosura,
 ¡Qué magia, qué ostentosas
 Decoraciones, qué agraciados juegos
 Hacén de quiera tus volubles fuegos!
 El agua, de ellos llena,
 Arde en llamas vistosas,
 Y en su calma serena,
 Pinta ¡oh pasmo! el instante
 Do al polo opuesto te hundes centellante.
 ¡Adios, inmensa fuente
 De luz, astro divino; adios, hermoso
 Rey de los cielos, símbolo glorioso
 Del Excelso! y si ruego
 A tí alcanza ferviente,
 Cantando tu almo feugo
 Me halle la muerte impia
 A un postrer rayo de tu alegre día.

ODA XVI.

LA NOCHE DE INVIERNO.

«¡Oh cuán hórridos chocan
 Los vientos! ¡oh qué silbos,
 Que cielo y tierra turban
 Con soplo embravecido!
 Las nubes concitadas
 Despíden largos ríos,
 Y anmantan, pavorosas,
 El miedo y el conflicto.
 La luna en su albo trono
 Con desmayado brillo
 Preside á las tinieblas
 En medio de su giro,
 Y las menores lumbres,
 El resplandor perdido,
 Se esconden á los ojos
 Que observan sus caminos,
 Del Tórmes suena léjos
 El desigual ruido
 Que forman las corrientes
 Batiendo con los ríscos.
 ¡Oh invierno! ¡Oh noche triste!

¡Cuán grato á mi tranquilo
 Pecho es tu horror! ¡Tu estruendo
 Cuán plácido á mi oído!
 Así en el alta roca,
 Cantando el pastorcillo,
 Del mar alborotado
 Contempla los peligros.
 Tu confusión medrosa
 Me eleva hasta el divino
 Sér, adorando humilde
 Su inmenso poderío;
 Y ante él, absorto y ciego,
 Me anego en los abismos
 De gloria, que circundan
 Su sòlio en el empiro.
 Su sòlio, desde donde
 Señala los lucidos
 Pasos al sol, y encierra
 La mar en sus dominios.
 ¡Oh Sér inmenso! ¡oh causa
 Primera! ¡dónde, altivo,
 Con vuelo temerario,
 Me lleva mi delirio!
 ¡Señor! ¡quién sois! ¡quién puso
 Sobre un eterno quicio
 Con mano omnipotente
 Los orbes de zafiro!
 ¡Quién dijo á las tinieblas:
 «Tened en señorío
 La noche», y vistió al alba
 De rosa y manto rico?
 ¡Quién suelta de los vientos
 La furia, ó llevar quiso
 Las aguas en sus hombros
 Del aire al gran vacío?
 ¡Oh Providencia! ¡oh mano
 Súave! ¡oh Dios benigno!
 ¡Oh Padre! ¡dó no llegan
 Tus ansias con tus hijos?
 Yo veo en estas aguas
 La miés del blondo estío,
 De Abril las gayas flores,
 De Octubre los racimos.
 Yo veo de los seres
 En número infinito
 La vida y el sustento
 En ellas escondido.
 Yo veo.... No sé cómo,
 Dios bueno, los prodigios
 De tu saber explique
 Mi pecho enternecido.
 Cual concha nacarada,
 Que abierta al matutino
 Albor, convierte en perlas
 El cándido rocío,
 La tierra el ancho gremio
 Prestando al cristalino
 Humor, con él fecunda
 Sus gérmenes activos,
 Y un día el hombre ingrato
 Con dulce regocijo
 Las gotas de estas aguas
 Trocadas verá en trigo.
 Verá el pastor que el prado
 Da hierbas al aprisco,
 Saltando en pos sus madres
 Los sueltos corderillos,
 Y en las labradas vegas
 Tenderse manso el río,
 Los surcos fecundando
 Con paso retorcido;
 Los vientos en sus alas,
 Cual ave que en el pico
 El grano á sus polluelos
 Alegre lleva al nido,
 Tal próvidos extienden
 A términos distintos
 Las fértiles semillas
 Con soplo repetido,
 Las plantas fortifican
 En recio torbellino,
 Del aire desterrando